

la Asamblea nacional. La Asamblea no respondió sino con la mejora de la suerte del soldado, dándole al menos prueba de interés del único modo que entonces podía, aumentándole el sueldo con algunas monedas.

Lo que más le irritó fué ver que en París Lafayette había ascendido á todos los subalternos á los grados superiores. La barrera infranqueable quedaba al fin rota.

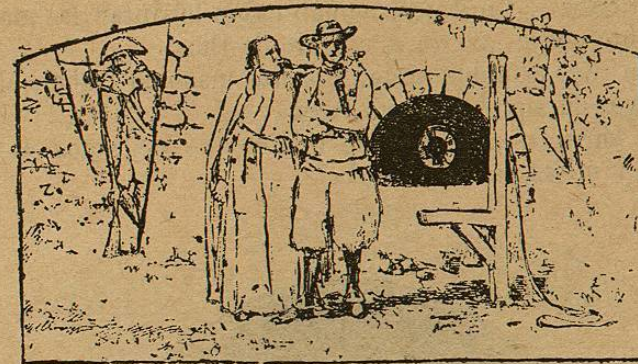
¡Pobres soldados del antiguo régimen, que por tan largo tiempo habían sufrido sin esperanza y en silencio!

Sin ser los prodigiosos soldados de la República y del imperio, no eran indignos de haber tenido su día feliz. Lo que leo acerca de ellos en las viejas historias me admira como paciencia y me conmueve como bondad. Los veo en la Rochela entrando en la ciudad hambrienta y dar su pan á los habitantes. Sus tiranos, los oficiales, los que les cerraban toda carrera al ascenso, no hallaban en ellos más que docilidad, respeto, dulzura, benevolencia. En no sé qué acción, en tiempo de Luis XV, un oficial de ¡catorce años! que había llegado de Versalles no podía ya avanzar rendido de fatiga. «¡Dádmelo, dijo un granadero gigantesco, me lo echaré á la espalda y si hay una bala que recibir, se la evitaré al niño!

Necesario era que al fin hubiera un día para la justicia, la igualdad y la naturaleza; ¡dichosos aquellos que vivieron para verlo!...

Qué alegría para Bretaña encontrar después de cien años, en su humilde estado de piloto, al piloto de Duguay-Trouin, al de la mano firme y fría que llevaba al vencedor bajo el fuego... Juan Robin, de la isla de Batz, el cual fué reconocido en las elecciones y por acuerdo unánime colocado junto al presidente.

Francia estaba avergonzada de una injusticia tan larga y quería honrar en la persona de aquel hombre á tantas generaciones heroicas indignamente olvidadas, rebajadas durante su vida por la insolencia de los que se aprovecharon de sus servicios y después, ¡ah!, relegadas al olvido.



CAPITULO VII

Lucha religiosa.—Pascuas.—La presión de Luis XVI

Leyenda del rey mártir.—Escándalo de la apertura de los conventos.—El clero exalta á las masas ignorantes.—El agente del clero quiere entenderse con la emigración.—El clero y la nobleza en oposición.—Maniobras del clero en Pascuas.—La Asamblea publica el Libro Rojo en Abril del 90.—Hipoteca de los bienes del clero en garantía de los asignados.—El clero pide á la Asamblea declare el catolicismo religión nacional, 12 de Abril de 1790.

Era evidente que no se podía armar al soldado contra el pueblo. Era preciso, pues, encontrar un medio de armar al pueblo contra él mismo, contra una revolución que se hacía para él.

Al espíritu de federación, de unión, á la nueva fe revolucionaria, no se podía oponer más que la nueva fe, si es que existía aún.

A falta del viejo fanatismo extinguido, ó al menos profundamente adormecido, el clero contaba con la fácil bondad del pueblo, con su sensibilidad ciega, su credulidad para los que amaba, su respeto inveterado al sacerdote y al rey... el rey, aquella vieja religión, aquella mística personal, formada con una mezcla de los caracteres del sacerdote y del magistrado, con un reflejo de Dios.

Siempre había dirigido sus ojos el pueblo hacia el rey y á él se dirigían todos sus votos; ¡y con qué resultado! La realeza lo había estrujado, prensado, como lo hubiese hecho una máquina sin piedad.

Nada más fácil á los sacerdotes que hacer creer que Luis XVI era un santo, un mártir.

Aquella figura beatífica y paternal, pesadota (por su origen de la casa de Saxe y de la casa de Borbón), era un santo de catedral, hecho en piedra para un pórtico de iglesia. Su aspecto de miope, su indecisión é insignificancia le daban justamente aquella apariencia de vaguedad que da lugar á todas las leyendas.

Leyenda admirable, patética, muy propicia para conmover los corazones. El rey había amado al pueblo, quería el bien del pueblo y por

eso se le castigaba... ¡Ingratos, habían osado levantar la mano contra aquel excelente padre, contra el elegido de Dios!

¡El buen rey, la noble reina, la santa madama Isabel, el pobrecito delfín, cautivos en aquel revuelto París!

¡Qué de lágrimas al hacer este relato, qué de votos al cielo, qué de oraciones y misas para librarlo!



EL CONDE DE PROVENZA (hermano de Luis XVI)

¡Qué corazón de mujer no se conmovía cuando, al salir de la iglesia, el sacerdote le decía quedamente al oído: «¡Rogad por el pobre rey!»

Rogad también por Francia—era necesario decir,—rogad por un desventurado pueblo traicionado, entregado al extranjero.

La otra leyenda, no menos poderosa para excitar á la guerra civil, era la apertura de los conventos, la orden de hacer inventario de los bienes eclesiásticos, la reducción de las casas religiosas, á pesar de que se hizo con grandísima mesura.

Se reservó á cada departamento una casa, cuando menos, de cada orden, donde podían retirarse á hacer vida monástica cuantos quisieran, así como el que quería salir del claustro lo abandonaba y recibía una pensión. Esto era justo y nada violento.



EL CONDE DE ARTOIS (hermano de Luis XVI)

Las municipalidades muy prudentes y morigeradas en aquella época, daban toda clase de facilidades para la ejecución de aquellas órdenes. Apenas detallaban ni completaban el inventario, no inspeccionaban y lo hacían figurar todo por la mitad de su valor real.

¡No importa! A pesar de esto, el clero procuraba hacerles este deber difícil y peligroso. Se avisaba á todo el mundo, públicamente, el

día en que había de hacerse el inventario, el día maldito en que los laicos habían de franquear el sagrado claustro.

Solamente, para llegar á la puerta del convento, habían de atravesar, con riesgo de su vida, los magistrados municipales por en medio de la multitud alborotada, de la gritería de las mujeres y de las amenazas de los robustos mendigos de oficio que mantenían los conventos. Los bondadosos discípulos del Señor oponían estas resistencias y peligros á los hombres de la ley, obligados á cumplimentar la ley.

Todo esto fué hecho con mucha habilidad y unidad extraordinaria, obedeciendo, sin duda alguna, á una sola dirección y consigna.

Si fuese posible hacer historia detallada y completa, podrían tomarse de aquí muchos datos para un asunto de alta filosofía: «¿Cómo en una época indiferente, incrédula, pueden los políticos hacer y rehacer el fanatismo?» Hermoso capítulo para agregado á un libro que debe escribir un pensador: *La mecánica del entusiasmo*.

El clero no tenía fe, pero encontraba para instrumentos personas que la tenían todavía, almas piadosas, convencidos, visionarios ardientes, cabezas soñadoras y poéticas, que abundan siempre, especialmente en Bretaña.

Una señora de Pont-Leves, mujer de un oficial de marina, publica la *Compasión de la Virgen para Francia*, folleto místico, ardiente, libro de mujer para las mujeres, propio para turbarlas y volverlas locas.

El clero ejercía todavía una acción bien fácilmente sobre aquellas pobres poblaciones que sólo hablaban su dialecto y desconocían el idioma francés. No sabían que los diezmos y primicias habían sido suprimidos; el clero lo ocultaba, así como la abolición sucesiva de los impuestos indirectos, y en cambio desesperaba á aquellos ignorantes campesinos anunciándoles á cada momento que iban á ser desposeídos del tercio de sus bienes.

El Mediodía ofrecía otros elementos de agitación, no menos favorables, hombres de pasión, activos, ardientes, políticos, espíritus de intriga y habilidad, á propósito, no sólo para sublevar, sino para organizar y reglamentar la sublevación.

El verdadero secreto de la resistencia, la vía única que daba reales y serias ventajas á la contrarrevolución, la idea de la futura Vandée, fué formulada por completo en Nimes: contra la Revolución ningún resultado era posible sin la guerra religiosa. De otro modo: contra la fe no hay mayor fuerza que la fe. Vía terrible, que hace espantarse cuando se recuerda... cuando se ve las ruinas, el desierto que ha hecho el viejo fanatismo. ¿Qué habría sucedido si todo el Mediodía, todo el Oeste, toda la Francia se hubieran convertido en Vandée?

Pero la contrarrevolución no tenía otro recurso. Al genio de la fraternidad no se podía oponer más que el de la Saint-Barthelémy.

Tal fué, poco más ó menos, la tesis que desde Enero del 90 sostuvo en Turín, ante el gran concejo de la emigración, el ardiente envia-

do de Nimes, hombre del pueblo, hombre insignificante pero de cabeza dura, intrépido, que veía perfectamente y con claridad planteaba la cuestión.

Él, que por gracia especial era admitido á hablar delante de los príncipes y de los grandes señores, Carlos Froment, así se llamaba, hijo de un acusado de falsario (después indultado), no era más que un muñidor del clero y su factotum. De pronto se mostró jefe del populacho católico y lo lanzó contra los protestantes. Él mismo no era tan fanático como faccioso, un hombre del tiempo de los Gibelinos. Pero veía claramente que la verdadera fuerza era el pueblo, la apelación á la fe popular.

Froment fué recibido con amabilidad, escuchado y poco comprendido. Se le dió algún dinero y la esperanza de que el comandante de Montpellier podría proveerle de armas. Por lo demás, tampoco se comprendió lo útil que podría ser, pues más tarde, habiendo emigrado, no obtuvo de los príncipes más que el permiso de reunirse á los españoles y ponerlos en relación con su antiguo partido.

«Lo que ha perdido á Luis XVI, dice Froment en sus memorias, es el haber tenido ministros filósofos.» Y pudo haber extendido esta afirmación á mucho más lejos, con no menos acierto. Lo que hacía impotente la contrarrevolución era que había en ella grados diferentes, y además que llevaba en el corazón la filosofía del siglo, es decir, la Revolución misma.

He dicho (en mi introducción al primer tomo) que entonces todos, hasta la misma reina, el conde de Artois, la nobleza, eran en distintos grados simpatizadores con el espíritu nuevo.

La lengua del viejo fanatismo era para ellos una lengua muerta. El despertar en las masas era una operación incompatible para tales espíritus. El pueblo sublevado, aunque fuera por ellos mismos, les daba miedo. Por otra parte, oponerse al clero, hacerle fuerte, era cosa de todo punto contraria á las ideas de la nobleza; ella había esperado siempre, había esperado el despojo del clero. Los intereses de estos dos órdenes sociales eran opuestos, hostiles. La Revolución, que debía acercarlos, los había también complicado. Los propietarios nobles, en ciertas provincias, por ejemplo el Languedoc, ganaban con la supresión de los diezmos eclesiásticos más que perdían en derechos feudales.

En la discusión de los votos monásticos (Febrero) ni un noble salió á la defensa del clero. El solo defendió la vieja tiranía de los votos irrevocables. Los nobles votan con sus adversarios de siempre por la abolición de los votos, la apertura de las puertas de los conventos, la libertad de las monjas y de los religiosos.

El clero toma su revancha. Cuando se trata de abolir los derechos feudales, la nobleza grita á su vez quejándose de la atrocidad, de la violencia, de la rapacidad, etc. El clero, al menos la mayoría del clero, deja gritar á la nobleza, vota contra ella, contribuye á su ruina.